



FACTORES SOCIOCULTURALES DE LOS MALOS TRATOS A LA INFANCIA

MONTSERRAT PELEGRI
Barcelona

El fenómeno de los malos tratos a la infancia parece que no es un hecho aislado, imputable a déficits y trastornos de adultos que son responsables de la educación y el cuidado de los niños. Y aunque así fuera, cabría buscar en el entorno que rodea a estos adultos factores que les impulsan a conductas contrarias al instinto natural de proteger y cuidar a los niños.

Son muchos los especialistas que en estos últimos años han incidido en el aspecto sociocultural de los malos tratos para explicar las causas de este fenómeno. Así Selsky plantea "el maltrato está determinado por fuerzas que actúan en la familia, en el individuo, en la comunidad y en la cultura en la que este individuo y familia están implicados.

Siguiendo en esta línea intentamos ordenar estas fuerzas que actúan en la familia y en el individuo tanto a nivel general como a nivel grupal e individual.

A un nivel general se sitúan factores globales como la crisis económica y la actitud social respecto a la infancia, y factores parciales como la pertenencia a clases sociales baja y muy baja, la marginación, la pobreza, la anatomía social.

Ninguno de estos factores, por sí mismo es determinante de malos tratos a los niños, pero la confluencia de varios de ellos se encuentra en todos los estudios de casos de malos tratos.

Así la crisis económica incrementa el grado de competitividad por la obtención de los recursos materiales cuando estos escasean, y en consecuencia aumenta no sólo la pobreza material, sino la agresividad y la tensión social.

En esta situación la actitud social respecto a las clases no productivas suele ser de descuido y marginación. Si consideramos que la infancia como grupo social no tiene voz ni voto, es decir es un colectivo que no tiene capacidad de hacerse oír cuando sus derechos son olvidados e incluso transgredidos, entenderemos cómo inciden estos factores en el fenómeno que nos ocupa.

La pertenencia a la clase social baja y/o muy baja puede ser considerada un factor de riesgo. Hay la tendencia a asociarla a los malos tratos como factor social significativo, puesto que una mayoría de los casos de malos tratos detectados pertenecen a esta clase, pero según expertos en el tema esta frecuencia parece ser debida a dos razones principales: a) los ciudadanos de cla-

se baja o muy baja acuden a los servicios públicos, donde se realizan las detecciones; b) la pertenencia a estas clases sociales conlleva factores de tensión como la pobreza, la anomia y la marginación que incrementan el riesgo.

En este sentido la pobreza hay que considerarla no sólo como el déficit de recursos materiales que permiten una buena crianza del niño, sino también, a menudo, como la falta de elementos educativos y culturales que hacen que los padres ignoren cuáles son las necesidades del niño, e incluso carezcan de patrones parentales correctos que les permitan un adecuado cuidado de sus hijos.

En esta situación es común encontrar un vacío de normas que regulen las relaciones entre estados sociales y que, dentro de la familia, se reproduce entre padres e hijos. Esta ausencia de reglas de conducta, la anomia social, explica la negligencia y abandono que sufren algunos niños.

Los adultos que viven en una situación de anomia social están al margen de los límites admitidos por el sistema sociocultural, con lo cual sus formas de relación pueden estar marcadas por la agresividad y la violencia a causa de malestar individual producido por la insatisfacción entre el deseo y su realización, por una parte y por otra, por la ausencia de reguladores que permitan encauzar y resolver dicho malestar.

A otro nivel, es decir, al situarnos en el punto de vista del individuo sumergido en una sociedad precaria, hostil y competitiva, vemos como estos factores externos generan una tensión que, al incrementar el malestar del adulto, fácilmente se traduce en agresión y violencia hacia el elemento más débil del sistema: el niño.

Entre estos factores señalaremos los que son debidos al desempleo, que genera además de la falta de recursos de subsistencia, la pérdida de rol de cabeza de familia como el mantenedor de los recursos familiares, acompañado en ocasiones de trastornos psicosociales: depresión, refugio en el alcohol, abandono ocasional del hogar, etc. Y también la búsqueda de estos recursos económicos a través de circuitos marginales: delincuencia, prostitución, etc.

Otro factor a tener en cuenta es el tipo de familia, tanto en lo que se refiere a número de hijos y proximidad de los mismos, como a la estructura de la misma. Las familias monoparentales y las familias reconstituidas, a partir de padres separados con hijos de anteriores parejas, son susceptibles de presentar un mayor nivel de riesgo. Así mismo los conflictos y desavenencias graves entre los cónyuges puede repercutir en el nivel de atención a los hijos e incluso, a menudo se desvía hacia los niños la agresividad y la violencia que se dirige al otro miembro de la pareja.

Cabe señalar también los factores cuya causa está en la deficiencia de redes sociales, que puede tener su origen tanto en la emigración y por tanto pérdida de referentes de grupo, como en la misma situación de marginación o alejamiento de los límites y patrones socioculturales de la comunidad.

Entendemos por déficit en las redes sociales la ausencia de relaciones interpersonales que aporten al individuo apoyo material, soporte emocional, y elementos de información, que actúan como reguladores de la conducta así como instruyen en formas de hacer y de resolver problemas. Para que las redes sociales funcionen es preciso que impliquen al individuo de forma activa en un proceso de dar y recibir. Por tanto cuando son precarias o

inexistentes dichas redes el individuo se ve sometido a la tensión que produce la soledad y el aislamiento, así como a la ausencia de modelos y de reguladores proporcionados por la comunidad.

Como consecuencia de los factores antes citados, en algunas personas toman especial relieve características personales como la poca tolerancia a los conflictos, la falta de empatía personal que permite al adulto situarse en el punto de vista del niño y, en consecuencia, no actuar como si de otro adulto se tratara; la tendencia personal a la violencia, ya porque sea el patrón de conducta integrado ya porque sea la forma rápida de dar salida a la tensión, o bien la depresión y el abandono como forma de conducta. Estas características incrementan el riesgo de malos tratos en el seno de la familia.

Y por último, en el nivel estrictamente del niño, nos referimos a la vulnerabilidad de la infancia. Desde el punto de vista social el concepto de niño, en términos generales, es un individuo pasivo, no productivo económicamente, según las leyes es propiedad de los padres y, además es un ser frágil física y psíquicamente, cuyo desarrollo depende de los adultos. Y además, como ya se ha dicho, la infancia dista mucho de ser un grupo social con capacidad de expresar sus necesidades y de hacer oír su voz cuando sus derechos no se cumplen, y es esta dependencia de los adultos y de la sociedad en sí aquello que la hace vulnerable.

Y desde el punto de vista individual si a estas características se le suma que ciertos

niños no cumplen las expectativas de sus padres, ya sea por razones de nacimiento o de desarrollo, o son niños no deseados y no aceptados tenemos que es el elemento más débil del sistema familiar convirtiéndolo en un blanco fácil para descargar tensiones.

De la enumeración de todos estos factores se deduce que el fenómeno de malos tratos no se puede adjudicar a la pertenencia a una clase social o a unos déficits personales de los padres y adultos que cuidan de los niños, sino a un conjunto de elementos que se interrelacionan produciendo determinadas situaciones de conflicto que acaban en una resolución sociopatológica: el maltrato al niño.

Estos factores socioculturales están presentes en la sociedad, tomando mayor importancia unos u otros según las diferentes comunidades.

Un factor común es la ausencia o insuficiencia de programas y servicios de apoyo a la familia, cuyo objetivo sea el de reducir o compensar los efectos que los factores citados tienen en los individuos vulnerables, y por tanto contribuyan a disminuir y eliminar las situaciones de riesgo.

Y finalmente me gustaría señalar la responsabilidad de la sociedad en este fenómeno, dado que es más común considerar a la infancia como un grupo pasivo y débil, que considerarlo como una fuerza de futuro, puesto que el niño es un ser social en evolución y por tanto proteger y cuidar su socialización y su evolución armónica es problema de todos.